

en la distinción entre la iglesia y la autoridad temporal.”

Y si esas situaciones histórico-sociales le hicieron fuente de errores, como muestra Deane, por nuestra parte debemos preguntarnos hasta qué punto sus aciertos, —la vena interna que los nutre— es o no es inseparable de su cepa eclesiástica, y hasta qué punto es susceptible de secularización.

Algo parece claro en Agustín como en Platón: el fin del Estado es la vida buena, sea que la misma, al realizarse se confunde con la actividad política misma —lo cual no es raro en un griego para quien la actividad humana se concibe como un todo sin diferenciación estricta de las partes— o se identifique con logros religiosos o de cualquier otro tipo, como los que pudieron postular Agustín o uno de los modernos. Y en el grado en que el Estado frustre en sí o fuera de sí esa vida buena, producto de la propia elección, estará faltando a su función, negándose a sí mismo, constituyéndose en denegador de lo humano.

Análisis claros, precisos, luminosos, son los de este libro de Deane que, riguroso, documentado, académico, pero no exento de prudentes y francas tomas de partido, nos hace desear la lectura de esa otra obra suya sobre un moderno que, como Laski, hubo de enfrentar —al igual que Agustín en el suyo— las crisis atrozantes de su tiempo (OUV).

Jacques Lambert: *Amérique Latine. Structures Sociales et Institutions Politiques*. “Thémis”. Manuels Juridiques, Economiques et Politiques. Presses Universitaires de France, 1963. pp. 448.

Grata a la vista, al tacto, al intelecto; de pequeño, pero proporcionado formato, la colección Thémis, de manuales jurídicos, económicos y políticos, marca nuevamente su presencia con una obra sobre las estructuras sociales y las instituciones po-

líticas de Latinoamérica. Responde, así, a las incitaciones de un momento en el que nuestro pueblo-continente cobra actualidad plena; en que se vislumbran sus posibilidades de acción e irradiación en el mundo. Se trata —como señala el autor— de un retorno de Latinoamérica a la escena internacional, pues habiendo sido el suyo un precoz desarrollo colonial, su desenvolvimiento nacional se retarda, sufre un eclipse en el XIX y tiene que esperar a que termine la Segunda Guerra Mundial para ser redescubierta por los pueblos, por las naciones o, al menos, por los estudiosos de otros continentes.

Citar con el texto a la vista es particularmente agradable cuando —como en el caso— la elegancia del estilo sirve a una revalorización; cuando trata de hacer justicia a una realidad tan frecuentemente subestimada (cuando no menospreciada o injustamente calumniada) como es la nuestra. Dice Lambert —y su decir se inscribe en lo que es más inicio que término de una etapa de valorización de lo nuestro— que “se ha aprendido a conocer mejor a Latinoamérica, y se ha abandonado la imagen superada de las repúblicas de opereta y de tragedia, pues si bien quedan países atrasados en los que persisten dictaduras puramente personales y revoluciones cuartelarias, en los países mayores (Brasil, Argentina, México, Colombia) y en dos pequeños países pacíficos (Uruguay y Costa Rica) la era de los caudillos ha pasado, como ha pasado la hora del despotismo ilustrado de las aristocracias cultivadas” (p. 5). Lo cual no obsta para que reconozcamos —desde nuestro lado— que lo que Lambert señala ya como existente, existe donde él lo señala, es cierto, pero que aún no se consolida; que aún ahí, su existencia es precaria, está rodeada de peligros; que quizás ahí, más que en otras partes, en donde las lacras son aun patentes, se requiere de la conciencia vigilante de todos para evitar la recaída; que si la amenaza

para una vida ordenada, democrática, justa, cambia de formas y se embosca o se enmascara, no por ello deja de seguir siendo amenaza; y que es tanto más peligrosa cuanto que la sociedad a la que afecta, salida de un estado crítico, no ha desarrollado aún las defensas necesarias contra esas formas nuevas y más arteras de ataque.

El panorama que presenta Lambert es el del despertar —en el medio urbano solamente— de las clases medias, que buscan la descolonización, que tratan de construir sociedades nacionales, que se han apoderado del poder; pero lo es, también, el de un proletariado obrero o intelectual —quizás todavía más lo segundo que lo primero, y eso en ciertos y no muy numerosos casos— que disputa el poder a esas clases —cuando no se pone a su servicio exclusivo— por encontrar que ellas ni marchan con suficiente rapidez ni van bastante lejos.

Son éstos, países con un gran potencial demográfico. Un potencial que —en la mayoría de los casos— no es lastre, para el pensar de Lambert, contrario a lo que podrían decir y subrayar y machacar los empeñados en controlar la natalidad de pueblos que no son los suyos, a toda costa, y sean cuales pudieren ser los efectos de la medida. Conforme a su decir, “si es cierto que un crecimiento demográfico tan rápido no constituye en sí promesa de potencia o prosperidad, entre los demás países subdesarrollados, la mayoría de los de Latinoamérica se encuentran en situación privilegiada para sostener un crecimiento demográfico acelerado, pues salvo algunos puntos de las Antillas, de Centroamérica y quizás de México, América Latina está poco poblada y sufre débil densidad de población” (p. 7). Como que, frente al problema del desarrollo económico-social de los países latinoamericanos parece olvidarse algo: en una situación en la que hay carencia de bienes de capital y excedente de fuerzas labora-

les en potencia (que es lo que ocurre y ocurrirá cada vez más en nuestro continente), si pensamos con pensamiento propio y no ajeno, y teniendo en cuenta nuestro legítimo interés y no el ilegítimo de otros, bien nos valdría aplicar el principio de sustituibilidad —casi diríamos de “vicaría económica” por semejanza con nuestro “vicariato social”— entre los factores de la producción; aplicarlo en el grado en que el mismo fuese aplicable, y encaminarnos por un vía que quizás haya sido la que hayan tomado Japón y China (en grados y con modalidades diferentes), para iniciar un desarrollo que no habrían podido comenzar siquiera si se hubieran apegado a los modelos tradicionales, útiles para los países occidentales cuando se iniciaba la Revolución Industrial, pero inútiles y aún perjudiciales para países como los nuestros que han de incorporarse a ella en contextos internacionales diferentes, y superando obstáculos y aprovechando posibilidades también distintos.

Con todo, si bien en ciertos puntos Lambert ha sabido ver con justeza que el potencial demográfico es, en potencia, factor de desarrollo tanto o más de lo que puede llegar a ser freno y obstáculo para el mismo, en otros puntos no ha dejado de pagar tributo a esa obsesión de la hora (que situada apropiadamente en su contexto de origen calificaría nuestro crecimiento como el “peligro latino” paragonándolo con lo que en ámbitos parecidos que nos hacen recordar al Kaiser, se calificó, en otro tiempo, como “el peligro amarillo”). De ahí que, en esas otras páginas, incluya el “freno de la fecundidad” entre los factores necesarios para la expansión latinoamericana, pues si juzga que “el arranque” se ha producido, también señala que para la expansión se necesitan: “capitales, eliminación de estructuras arcaicas, instrucción más general de las poblaciones, freno de la fecundidad, y estabilidad política” (p. 9).

Pero, los que son problemas internos de Latinoamérica —encrucijadas de vida o muerte para sus poblaciones, que no pueden permitirse el lujo de errar en su elección de una entre varias alternativas— son, también, posibilidades importadas o que abortan, para el mundo mismo. Latinoamérica ocupa una situación peculiar en un mundo en descolonización: es la primera de las regiones que iniciaron ese proceso de descolonización —y antecedió, en este sentido, a la misma Asia, que hasta entrado el siglo, estuvo bajo la dominación de una o más potencias extranjeras— y, simultáneamente es la que mejor ha absorbido, la que mejor se ha apropiado, la que más ha combatido en defensa de los valores de lo que (con expresión cómoda aunque no acertada) se ha dado en llamar “occidente cultural”. No es extraño que el autor hable —entonces— de una doble pertenencia latinoamericana. Y nadie puede desmentirle cuando le oiga decir que “en su conjunto, América Latina no pertenece a uno de los campos, pues los países latinoamericanos tienen caracteres que los relacionan con uno u otro de los grupos opuestos, se trate de niveles de desarrollo, de composición étnica o del papel que la colonización ha desempeñado en su historia... lo cual podría hacer particularmente precioso un ascenso de los países latinoamericanos entre las grandes potencias, pues podrían fundar, en su doble pertenencia, un neutralismo constructivo, facilitar el arbitraje entre los dos campos y, quizás, preparar una reconciliación” (p. 10). Es como si estuviéramos viendo la cara opuesta y complementaria, de una propuesta inglesa, según la cual Inglaterra —como potencia vieja y experimentada en asuntos de colonización y de trato con pueblos distintos de los europeos— podría realizar mejor que Estados Unidos de América o la Unión Soviética, una labor jefatural dentro de la Organización de las Naciones Unidas; porque

la misión de Inglaterra —sabía, insistimos, en achaques de colonización y prudente descolonización— se complementaría bien con la experiencia latinoamericana, enriquecida por un continuo enfrentamiento a los problemas de una descolonización que trata de perfeccionarse —a través de un proceso independentista— en la plena interdependencia (concebida como interdependencia digna y múltiple con respecto a todos los países de la tierra, de la denominación que sean).

Ecuánime, trata de serlo Lambert incluso cuando juzga de las situaciones políticas latinoamericanas. Es verdad que hay cambios frecuentes en Latinoamérica; pero, esa frecuencia de las transformaciones no es tan general como se piensa, y esos cambios —para bien o para mal, diríamos nosotros— no son siempre tan profundos como se cree. Las fuentes de error son, aquí, la generalización apresurada, el enjuiciamiento superficial. Hay países como Argentina, Brasil, Colombia, México, Chile (de los mayores y de los más poblados) que no han tenido que apelar a múltiples cambios constitucionales durante largos periodos, y hay cambios —en ellos y en los otros— que tocan más a los aspectos jurídicos formales, que a los sustanciales y más profundos aspectos socio-políticos; esto último, repetimos, en todo lo que ello pueda tener de bueno y de malo para el progreso de nuestras sociedades. La inestabilidad de superficie, en las instituciones políticas, le parece inevitable a Lambert, en periodos de evolución social rápida, como la que se postula está sufriendo Latinoamérica; pero, esa inestabilidad representaría, con todo, una forma de equilibrio (equilibrio inestable, pero equilibrio, al fin) de acuerdo con el cual, “a pesar de las dificultades políticas, existe en estos países una forma de institución adaptada a sus necesidades particulares hacia la que tienden a volver, cuando se han apartado de ella” (p.

14). ¿Cómo unir todos estos extremos? Habría —a nuestro modo de ver— dos constituciones: 1º una constitución real de nuestras sociedades, que se perfila cada vez mejor en la historia y que los investigadores sociales deben contribuir a develar —como que “desarrollo” es, en nuestro concepto, precisamente, develación del ser y del poder ser de una sociedad; ese “saber de sí” de una sociedad, más que su incremento o su avance—, y 2º una constitución, o mejor aún, un conjunto de múltiples constituciones frecuentemente modificadas, formales, que ni reflejan ni norman esa constitución real en forma efectiva y que, por ello, tienen que ser echadas —una y otra vez— por la borda... al cesto de los desperdicios. Constituciones formales pensadas dentro de nuestra tendencia —muy latina, y en esto sí muy vituperable— a crear esquemas racionales perfectos, perfectamente imprácticos, y a sacralizarlos (en cuanto los plasmamos en lo escrito); constituciones formales que frecuentemente no han hecho sino estorbar el auténtico desarrollo de nuestros pueblos; sobre todo, en el grado en que las copiamos de otros pueblos antes de habernos impregnado del espíritu que las informaba. Que lo que importa, para nosotros, no es copiar una particular forma democrática, un sistema de sufragio —o algo por el estilo —según se practica y ha tenido éxito en otras sociedades gracias a su adecuada contextualización, sino impregnarnos del auténtico espíritu democrático y liberal, para hacerlo encarnar en formas que nos sean propias y que, siéndonos propias, tengan sentido y utilidad para nosotros mismos.

Este es nuestro enfoque; esta es la que puede ser nuestra mira; que, para quien ve desde fuera, como lo hace Lambert, el valor de la experiencia política latinoamericana tiene que ser diferente, y puede complementar el que nosotros le reconocamos. Según su modo de decirlo, “puesto

que en ninguna parte se han realizado esfuerzos tan persistentes para preservar la libertad en circunstancias desfavorables, la experiencia latinoamericana no merece ser descuidada por dolorosa; en la medida en que, finalmente, una parte de América Latina logre transformar sus estructuras económicas y sociales arcaicas sin restringir muy fuertemente las libertades que quiere preservar, los regímenes políticos que le permitan hacerlo merecerán ser cuidadosamente estudiados, incluso si no pueden funcionar siempre de acuerdo con la ortodoxia de la democracia representativa” (p. 18). A la vuelta de la esquina, el peligro asecha —como siempre— pues siempre será difícil calibrar hasta qué punto, fuera de esa ortodoxia, fuera de ese *modus operandi* ya sujeto a prueba, y del que se conocen tanto las ventajas como las desventajas y las limitaciones, se está logrando la auténtica democracia, y no se está prostituyendo el término al aplicarlo a realizaciones que de todo tienen, menos de auténtica democracia.

Lambert es prudente, y no comete el error de los misioneros políticos de tantas latitudes, siempre dispuestos a decir a pueblos distintos de los suyos qué es lo que deben hacer —mucho más que qué es lo que deberían evitar—; pero se considera a sí mismo en la posibilidad de observar y anotar —como observador— la que le parece una tendencia clara —y cuyo trazo, muy probablemente, no es del todo erróneo— según la cual, “desde el ángulo político, los países latinoamericanos han intentado, a veces, imitar servilmente las instituciones políticas de los países del Atlántico del Norte que no tienen sus mismos problemas; algunos países, como Cuba, sufren el efecto de demostración de las dictaduras comunistas; pero, con el régimen presidencialista que se organiza en ella, Latinoamérica se esfuerza por elaborar una tercera solución entre la vía democrática de los

países plenamente desarrollados y la vía autocrática que seduce a los países subdesarrollados" (p. 24). Frente a una constatación como ésta, que habla de "esfuerzo" y apunta hacia un polo digno de atraer a todo mexicano —a todo latinoamericano— nos duele confesar —como dedicados a cosas intelectuales, aunque no nos dediquemos a ellas muy inteligentemente— que es mayor el esfuerzo que realizan los practicantes sociales y los políticos —en un terreno indudablemente más escabroso y lleno de peligros— que el que realizan los intelectuales, los filósofos sociales, los sociólogos, los meros interesados en la materia social, ya que nosotros —precisamente— somos los que debiéramos sentirnos obligados a ello.

Los caracteres generales de las estructuras sociales latinoamericanas, las contradicciones de la vida política, las fuerzas políticas y los partidos, las instituciones políticas, son los cuatro sectores que constituyen la obra de Lambert. Como puede verse por sus titulares, y por el hecho de estar incluido el suyo en una colección de manuales jurídicos, económicos y políticos, el énfasis lo carga más en las instituciones políticas que en las estructuras sociales. Esto, desde otro punto de vista, puede justificarse si se considera que lo político suele tener —por lo menos en las primeras aproximaciones— una apariencia más concreta, más tangible, que lo social en sentido estricto— que es siempre mucho más elusivo, mucho más difícil de captar por el investigador, sobre todo, cuando el suyo es un primer intento de aprender cierta realidad que no es la que, en lo más inmediato, puede considerarse como suya.

Con todo y ser, así, la referida a las estructuras sociales la porción minoritaria en el libro, se hacen en ella importantes consideraciones. Hay, desde luego, un intento de tipología, que distingue: pueblos latinoamericanos con estructura so-

cial evolucionada de tipo nacional; pueblos con estructura arcaica en pequeñas comunidades cerradas, y pueblos con una estructura dualista. Al lado de los tipos claramente definidos, se señalan las situaciones aberrantes: Costa Rica y Paraguay. Costa Rica, en el extremo más bien positivo —con todo lo que de desconcertante puede tener el maridaje del "más bien" y del "positivo"— y Paraguay, en el extremo negativo del espectro social latinoamericano.

De Costa Rica, dice Lambert: "puede dudarse en aceptar ciegamente las descripciones que en oposición al resto de América Central hacen de Costa Rica una perfecta Arcadia, cuyos habitantes habrían sabido encontrar una felicidad apacible en una prudente mediocridad; sin embargo, hay que constatar que la mayoría de la población ha recibido un principio de instrucción elemental; que la propiedad de la tierra se encuentra dividida en parte entre pequeños propietarios; que las elecciones se han desarrollado apaciblemente" (p. 37). De Paraguay se recogen, en la contrapartida, algunos efectos favorables de una serie de situaciones que —en conjunto— han dado, sin embargo, un saldo negativo (a pesar de los créditos que en cada etapa haya que asentar). Lambert habla de que "la teocracia jesuita mantuvo alejados a los europeos y preservó a los indios"; de que la dictadura paternalista de Francia también lo hizo, y de que hoy se ha juzgado necesario propiciar la inmigración europea mientras que, por otra parte, el país se muestra incapaz de substraerse a las dictaduras.

Antes de llegar a los "tipos" más o menos puros, Lambert tiene que seguir haciendo distinciones: Panamá no es típico, porque sufre la influencia exógena del Canal; Cuba, perturbada antes por Estados Unidos de América (en turismo, juego, explotación y privilegios) evoluciona con una rapidez que impide distinguir sus rasgos esenciales. Chile mismo,

próximo de Argentina y Uruguay, establecería la transición hacia México y Brasil, pues mientras que Argentina y Uruguay serían países de estructura social homogénea y evolucionada, México y Brasil lo serían de estructura dualista, y Chile no presentaría tan generalizadas como los dos primeros las estructuras que en él se reconocen como evolucionadas. Los países de estructura social arcaica dominante son, en la tipología de Lambert, prácticamente, toda Centroamérica, la Dominicana, Bolivia, Ecuador, Perú.

Brasil, México, Colombia, Venezuela caben —para Lambert— en la clasificación de países de estructura dualista; de entre ellos, a México es al que ve con menores posibilidades —físicas, creemos nosotros que ha querido decir— de desarrollo. Él mismo asienta, al respecto, que “el crecimiento demográfico” acelerado puede tener aquí (en México) menos vías de salida; pero aquí la aldea es centro social activo, lo cual no ocurre en los demás países en los que el poblamiento es disperso: el aislamiento rural es, entonces (en México) más fácil de vencer” (p. 52).

Pero, no es este punto de la distinción aquel en el que queremos incidir: se nos ocurre creer que la situación de Brasil y la de México, aunque muy semejantes para la tipificación de Lambert, son —en muchos sentidos— radicalmente diferentes. Puede haber dos Brasiles; pero es un error decir que, en puridad, existen dos Méxicos. Si existen dos Brasiles para una regionalización social —que se convierten en tres en la diversificación más detenida que después hace entre el extremo sur, parecido a Argentina, el Nordeste, semejante a la América Andina, y el Centro, de cambios rápidos— no existen dos Méxicos. Para fines de investigación social, y, tal vez —a la larga— con propósitos de política social o incluso de organización administrativa del país, po-

drían reconocerse múltiples regiones en el mismo —las demarcadas por Claudina Romero en un trabajo de tesis, por María Luisa Rodríguez Sala, en uno de investigación, por Rolfo Ortega Mata en importantes ponencias— pero, esas múltiples regiones, siendo distintas, no están en forma alguna desconectadas entre sí; contribuyen a formar la unidad de diversidades que es México. Si, por otra parte, se tiene el empeño de hablar de dos Méxicos, con base en la existencia de unas comunidades indígenas que permanecerían completamente cerradas a la vida nacional, habría que preguntarse por qué razón los antropólogos mexicanos están sometiendo a seria revisión la concepción de las entidades indígenas como unidades cerradas. A más de ello, habría que preguntarse cómo podría aceptarse la existencia de un México dual (para que exista dualidad se requiere que haya más separación total que entre-trabamiento) cuando el autor mismo asienta que “el gran avance de México, que le da una posición más parecida a la de Brasil que a la de Perú depende, sin duda, en primer término, de un cierto dinamismo de su población india que desde las agitaciones que ha precedido a la independencia, ha jugado un papel esencial en todas las revoluciones, y no se ha dejado olvidar” (p. 54). Sin conocer de cerca la realidad brasileña no nos atrevemos a decirlo —por temor a errar por lo menos de ese lado de la línea— pero se nos ocurre que, más que “existir estrechamente entrelazados dos Méxicos, como existen dos Brasiles” (p. 56), existen entrelazadas y en relaciones dinámicas, dialécticas, dos factores sociales (por lo menos) que se ponen en evidencia más en el caso de México que en el de Brasil. Para una visión estática de las cosas —y es la visión de Lambert, que se reconoce incapaz de captar el sentido profundo de lo que sucede en Cuba, por su acelerado cambio— la tesis dualista propuesta por el autor parece tan aplicable a México

como a Brasil; para una visión dinámica como la que es esencial para el estudio de pueblos de cambios rápidos como los latinoamericanos, en esta hora, la tesis parece mucho menos justificable. Claro que, como en la física moderna, en la sociología tampoco parece muy posible fijar *simultáneamente*, con precisión, la velocidad y la situación de una sociedad; con todo lo que esto implica —¡lástima de entusiasmos!, digámoslo de paso— para todos los esfuerzos de planificación.

Permítasenos recurrir a impresiones (que es lo que más a mano tenemos, de momento): síganse los movimientos de la multitud en una de las secuencias de "El Pagador de Promesas", ¿se descubre en ese movimiento una serie de patrones claros, definidos?, ¿no se tiene la impresión de algo que no se somete a regulación, ni consciente ni inconsciente, fuera de líneas que parecerían separatorias de las etnias y que son como las que separan el agua del aceite? Véanse los movimientos de una multitud mexicana que acierte a captar alguna cámara de televisión, ¿no son, dentro del desorden que cabe esperar en una multitud dinámica, los movimientos que se canalizan siguiendo ciertos cauces, relativamente simples, relativamente fáciles de descubrir? Hay un principio de cristalización de normas de comportamiento, en un caso —incluso en esta situación extremada—, que no parecen existir en el otro, y que hablan de un principio consensual tras una previa síntesis. Asístase a una exposición internacional como la de Bruselas: visítase el pabellón de Brasil —como podría visitarse el de Tailandia representada por una simple pagoda— y se recibirá el impacto de una realidad a la que parece recubrirla pura y exclusivamente una cosa: el café (¿qué esto no es así?, ¡culpa de los expositores que no supieron muestrear su realidad nacional!). Visítase, en cambio, el pabellón de México, y véanse en él todos los elementos (no dos, sino múlti-

ples), dispersos en apariencia, pero ya dispuestos, ya prontos, para una gran síntesis cultural. Ello justifica el que México pueda sentirse llamado a ser una de las grandes, originales y sólidas culturas del próximo futuro (una de las pocas que, auténticamente están forjándose en el presente). Dentro de las relativizaciones que imponen las geografías respectivas —las extensiones correspondientes— es probable que México sea más diverso en su fisiografía y en su economía que socialmente y en su cultura; Brasil es probable que sea más diverso, menos unitario, en su cultura, que en su misma diversificada geografía. Que si, quizás asistió la razón a Vasconcelos al postular que Brasil sería cuna de una "raza cósmica", en una visión lejana, quizás también sea prudente pensar que una síntesis *más próxima*, aunque tal vez menos universal, haya de ser la que esté destinado a realizar México en un futuro que se nos antoja cercano. Más llamado a lo civilizatorio y universal, el uno; más a lo cultural y específico, el otro.

Impresiones son éstas; pero quizás logren acierto ahí donde una tipificación tan apresurada —a su pesar— como las generalizaciones combatidas por el mismo autor, pudo haber fallado. En todo caso, bien valdría la pena que el capaz tomara unas y otras afirmaciones como hipótesis alternativas (y no tomase una sola de ellas como verdad establecida) a fin de saber, a ciencia cierta, hasta qué punto y dentro de qué modalidades son o no son duales México y Brasil. Y ¡claro está!, también Colombia y Venezuela, de los que se ha hecho una imputación semejante.

Lambert encuentra que —en Latinoamérica en general, y dentro de las gradaciones que esforzada y meritoriamente ha tratado de establecer— hay tres clases de contradicción, que permiten explicar, en buena parte, la realidad social de nuestros países. Existe, según señala: contradicción entre rasgos culturales de dife-

rente naturaleza —entre elementos ideológicos nordatlánticos del XIX y del XX y estructuras sociales jerarquizadas, feudales o esclavistas—; contradicción entre los efectos que se esperan de los métodos de gobierno y administración y los efectos que producen en realidad en una sociedad para la que *no* fueron hechos (a lo que quizás hubiera por agregar, en el caso de aquellos de cambio más rápido, aquel principio que ya señalamos antes, de la indeterminación social que difuma el panorama que media entre el estudio que lleva al plan y la aplicación del plan); contradicciones resultantes de la diferenciación de la sociedad por efecto de un desarrollo económico y social muy desigualmente repartido.

En el último punto, Lambert parece incidir en algo que nos es especialmente grato: el desarrollo de un país, para serlo —aunque en puridad “desarrollo” auténtico sólo pueda haberlo mundial— tiene que ser un desarrollo armónico, no sólo en cuanto crecimiento proporcionado de los diversos sectores productivos, sino en cuanto crecimiento “parejo” de las diversas regiones de ese país. Es por eso por lo que hemos preconizado siempre que, antes de pensar en acelerar la marcha de la sociedad mexicana como un todo, debe buscarse la eliminación de los grandes desniveles de desarrollo que —sin que hayan escindido al país en sus fundamentos y en lo que tiene de entelequia— lo ponen en peligro de desquebrajarse.

La falta de solución de tales contradicciones produce, como resultado, el que la acción del gobierno parezca ineficaz —y, en parte, lo sea— e inícuca; que la legalidad no resulte tan respetable como debiera —para todos—; que se sienta la tentación de recurrir a la ilegalidad y al golpe de Estado, por no percibirse que la solución debe buscarse no por el cambio de los hombres y de los grupos en el poder, sino por el de la develación de la realidad social del país cuya vida se pretende nor-

mar —desarrollo— y por el del descubrimiento de las potencialidades sociales de ese país, que se pretenden actualizar —evolución— a fin de conseguir, mediante la adecuada conjunción del conocimiento que devela y de la actualización que realiza, el progreso (meta a la que deben tender tanto nuestros países específicamente como la humanidad en general).

El libro de Jacques Lambert —tan estimulante para el lector latinoamericano como para el que no lo es— tiene la virtud de haber buscado la aproximación al pensamiento de los más directamente interesados en el progreso de Latinoamérica: su bibliografía incluye los más importantes textos de pensadores, estudiosos e investigadores latinoamericanos y está convenientemente actualizada.

Es un libro pequeño, que enfatiza más lo político que lo social de nuestros países; pero que marca un hito en la historia del conocimiento de nuestros pueblos así sus tesis —como todo lo humano— tengan algo que necesita revisión (OUV).

Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales: *El Estado de Hidalgo*. Síntesis de su problemática actual. Pachuca de Soto, 1964, p. 228.

El Estado de Hidalgo tiene diversos y agudos problemas que han sido estudiados por la Junta de Programación del Partido Revolucionario Institucional. Este libro intenta recogerlos y presentarlos en panorámica, con objeto de que dicha presentación sirva a la acción revolucionaria del periodo gubernativo en proceso de desarrollo.

La geografía hidalguense es adversa: la montaña, las áreas semidesérticas, constituyen la mayor superficie del territorio; las heladas, el granizo y las escasas lluvias conforman su más extenso régimen climático. En Hidalgo, las tres cuartas